

Trabajo autogestionado y procesos de subjetividad: ¿Identidades de coyuntura o tradiciones de autonomía?

Año
2013

Autor
Cueva, Daniel

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Cueva, D. y Tacca, M. (2013). *Trabajo autogestionado y procesos de subjetividad: ¿Identidades de coyuntura o tradiciones de autonomía?*. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

IV JORNADAS REGIONALES DE TRABAJO SOCIAL
“El desafío de la construcción de ciudadanía con inclusión social”

II JORNADAS INTERNACIONALES “Sociedad, Estado y Universidad”
Junio 2013 – Villa María - Córdoba

TÍTULO: *Trabajo autogestionado y procesos de subjetividad: ¿Identidades de coyuntura o tradiciones de autonomía?*

MESA 5: LOS NUEVOS ESCENARIOS LABORALES

Cueva, Daniel

CBC-UBA – Buenos Aires - daniel.cueva@argentina.com

Tacca, Mónica

CBC-UBA – Buenos Aires - tacca_monica@yahoo.com.ar

Palabras clave: trabajo – autogestión – exclusión.

Presentación

Presentamos, a continuación, un bosquejo simple y preliminar de ideas acerca de las nuevas formas que el trabajo ha ido asumiendo, esta vez de la mano de un análisis muy general (de allí lo “simple”) de las políticas asistenciales del estado respecto al problema del desempleo. En concreto, estamos pensando el caso del Programa comúnmente conocido como “Argentina Trabaja” el cual es objeto actual de nuestros primeros acercamientos a su problemática, definiendo así nuestro *campo etnográfico* (y de allí, entonces, lo de “preliminar”).

Para este caso, nos proponemos, a partir de algunas críticas agudas que el programa ha suscitado, retomar brevemente la historicidad específica para poner en contexto, por ejemplo, ciertas manifestaciones de algunos beneficiarios, que podrían pensarse *a priori* como contradictorias. Proponemos revisar el lugar de estos sujetos en el marco actual de la

generación del valor en nuestras sociedades y en el despliegue histórico, tal cual se resuelve tanto institucionalmente, como en la propia memoria de los sujetos.

Argentina y el *trabajo* en el cambio de siglo

La reflexión en torno al trabajo implica necesariamente vincular de manera indisociable el análisis de este *concepto* -central en nuestras sociedades- junto a las formas contingentes que adoptó la *estructura del trabajo* en la última etapa histórica. Lo excepcionalmente catastrófico de las “nuevas formas” que el trabajo ha ido adoptando no es otra cosa que la profundización de su dinámica interna, expropiativa de la capacidad productiva de los trabajadores; de manera que la dilución-mutación del trabajo (como fenómeno objetivable) es la contracara de la potencia expansiva del capital en la última fase histórica de nuestras sociedades latinoamericanas. (Bialakowsky, A.; Hermo, J; Lusnich, C., 2003.)

Este proceso ha ido reproduciendo localmente, de manera problemática, las tendencias directrices de los países centrales en las últimas décadas. Adscribimos a ciertas posturas¹ que caracterizan la mutación que sufrió el mundo del trabajo como un producto de múltiples procesos. Por un lado la constatación de la desproletarización del trabajo fabril, industrial, de corte tradicional, con la consecuente disminución y debilitamiento identitario de la clase obrera “clásica”. Como contracara de este fenómeno se verifica, tanto en regiones centrales como periféricas, la aparición de múltiples formas de trabajo parcial, informal, precarizado, subcontratado, conformando un vasto proceso global de subproletarización.

En términos histórico-políticos globales podríamos decir que están a la vista las consecuencias de la rotura del pacto social que caracterizó a la fase estatal de la última posguerra conocida precisamente como “de Compromiso”. El actual modelo global de acumulación neoliberal necesita, para su implantación y reproducción, la desestructuración del trabajo industrial típico o fordista; en otras palabras, las nuevas formas heterogéneas, intencionalmente complejizadas y políticamente fragmentadas del trabajo son funcionales y necesarias para estas formas de acumulación capitalista, por lo cual las mismas revisten condiciones cada vez más coactivas y violentas: pulsiones de exclusión y de extinción social, “pulsiones postsociales”², o “desutópicas”³.

¹ Antunes (2005)

² Bialakowsky, Alberto L. - Hermo, Javier P. - Lusnich, Cecilia. *Op. Cit.*

³ Dinerstein, (2004)

De suerte tal que el amplio proceso de la reestructuración productiva abarca todas las formas del empleo efectivo (la clásica forma-empleo fordista, que además, en este contexto, es tomada por algunos como referencia histórica idealizada) aunque también, por esta dinámica que ha introducido el capital, alcanza a toda una serie de actividades productivas que se desarrollan relativamente al margen del mercado. Es más, nos interesa defender las posturas que entienden al actual grado mundial de desarrollo capitalista como momento histórico en el que la sociedad en su conjunto es subsumida por la forma trabajo, y sometida a la lógica de la producción de mercancías y valor, más allá –insistimos- del grado de implicación que posea con los distintos “núcleos dinámicos” productivos locales. La actual matriz de acumulación, reconocible desde las últimas décadas del siglo pasado, ha desestructurado, previsiblemente como decimos, a la forma-empleo, (la “mano de obra”) pero ha inundado todo el escenario social con su lógica de inestabilidad e inseguridad haciendo coincidir la cuestión social con las nuevas formas de la precariedad de la vida y de las subjetividades.⁴

Trabajo y programas asistenciales del Estado

Este tipo de situaciones, especialmente contemporáneas, son las que hacen estallar analíticamente aquellas conceptualizaciones que aún seguían considerando al trabajo como análogo al mero empleo. La de trabajo puede ser una categoría analítica potente para el análisis de nuestra sociedad en tanto pueda incluir en sus consideraciones a los fenómenos tanto de la precariedad como así también al del desempleo. Para ello, sin embargo, debemos profundizar en ciertas precisiones conceptuales. Diremos, de manera simplificada, que asumir al trabajo humano como mera actividad enmascara la especificidad histórica de la sociedad capitalista, en el sentido que el proceso de trabajo es, a la vez, mediado por el objeto mercancía. Es decir, a la vez que nos desempeñamos en nuestros empleos, estamos participando en un proceso de valorización, razón que implica que la producción histórica de la totalidad social del orden capitalista hace necesario analizar a la forma trabajo bien como trabajo concreto (trabajo tangible, creador de bienes socialmente útiles, actividad que trasciende la vida cotidiana), bien como trabajo abstracto (intangible, ya que es la forma que el trabajo humano adoptó específicamente en el capitalismo bajo la relación salarial, y es por ello, trabajo alienado) . En esta fase larga del capitalismo, esta dualidad se impone a las formas de la conciencia humana. Como afirma Graham Taylor:

⁴ Antunes, (2005) *Op. Cit*

“La generalización de la mercancía como el modo dominante de mediación social condiciona la forma en que es concebido el mundo, tanto natural como social. El carácter dual del trabajo determinado por la mercancía constituye un universo social caracterizado por dimensiones concretas y abstractas...” (Taylor, 2009)

El trabajo abstracto deviene así principal lugar de constitución social.

Según Robert Castel, la reestructuración de la sociedad posfordista ha tomado la dirección de la precariedad y el desempleo y esa convulsión de la condición salarial desarma las posiciones tradicionales en la división social del trabajo, pues desvincula a los individuos del sistema de protección que caracterizaban el Estado llamado “de Bienestar”. Por esto este autor concibe a la nueva cuestión social bajo el signo de la vulnerabilidad. (Castel:1997)

¿Y el trabajo autogestionado? ¿Cómo se relacionan con el proceso de creación de valor quienes participan del llamado trabajo autogestionado que en la actualidad planifica el Estado?

En principio, debemos comenzar por lo evidente: los programas de empleo, en su forma autogestiva, impulsadas por el Estado argentino en la última década pueden ser entendidos como una de las acciones centrales de intervención en la cuestión social.⁵ Esta problemática social, a la vez, no puede ser escindida de las transformaciones en la relación salarial que tuvieron a la década de los 90’ como escenario preferencial.

El Estado se erige así en agente preponderante que, mediante los programas de empleo, quiere reinscribir en la estructura social a las personas desafiadas. De esta manera, el intento de regulación de la cuestión social mediante los programas asistenciales de empleo estatales tienen la intencionalidad de promover ciertas aptitudes para el trabajo de los beneficiarios, hasta tanto el mercado de trabajo demande su presencia en empleos más “normales”. Pero a la vez, ciertas laxitudes en la forma de implementación de estos programas parecen tender hacia la conjura de la disrupción social y una reeducación de tinte disciplinar.

⁵ El sentido del concepto de *cuestión social* es desarrollado por el mismo Castel y tiene la carga no tanto de normatividad clásica sino de *aporía*, esto es, de concepto que implica en sí mismo una contradicción lógica insuperable. En sus palabras: *“una aporía fundamental sobre la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. La cuestión social es un desafío que interroga, que pone en tela de juicio la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos llamamos una nación) de existir en tanto conjunto ligado por relaciones de interdependencia”* (Castel: 1997). Este sentido es el que exorciza, de alguna manera, la mirada de la sociedad como sistema autoregulado y armónico, tendiente a una “natural” cohesión.

Ante todo distingamos un elemento central en esta cuestión: los beneficiarios de los programas asistenciales de empleo pertenecen, por encima de todo, a la clase social que vive de la venta de su fuerza de trabajo. Son, esencialmente, asalariados; privados del acceso a los medios de producción. Lo que se discute (y, a veces, lo que ellos mismos discuten) en la heterogeneidad de tareas que llevan adelante cotidianamente, es su participación en el proceso de creación del valor, es decir: su carácter productivo. En términos clásicos, entonces, como conjunto general, los trabajos que sustentan los programas asistenciales de empleo no producen –las más de las veces– valores de cambio que se constituyan un elemento vivo en el proceso directo de valorización del capital, sino más bien valores de uso en términos de servicios, de uso público. El hecho de no crear directamente valor, como señalamos arriba, no excluye a estos trabajadores de un colectivo mucho más amplio cuyos sectores centrales, su núcleo, sí lo hace. Pero es de notar que en muchos casos los trabajadores de los programas estatales de empleo, como muchos otros que no participan del trabajo directamente productivo, se constituyen funcionales (cuando no directamente vitales) para la reproducción general del sistema capitalista.

Aún así, por esta misma razón, este tipo de trabajadores constituyen un proletariado precarizado, de tiempo parcial, más o menos inestable, tanto por las condiciones en que llevan adelante sus tareas, como por sus niveles de ingresos, su característica desafiliada, y su distancia del centro social-productivo de la creación del valor.⁶ Pero siempre, recordemos, participan desde su lugar, del llamado trabajo social combinado, del proceso general de creación de valor, que es siempre un proceso colectivo, organizado. En otras palabras, los trabajadores “autogestionados” del programa asistencial de empleo estatal, no son ajenos a la lógica del capital, al contrario, están subsumidos a la misma. Esa subsunción opera ante todo dado el contexto estructural de desempleo y precarización que presenta todo el proceso de valorización en nuestras sociedades: ese contexto es ahora la norma y no la excepción. Y es precisamente ese contexto, que disloca de una manera especial la lógica social del fin de siglo (y en esta dinámica también están insertas las ciencias que discurren sobre lo social y las aplicaciones políticas que de sus enunciados hace el Estado) el que carga de significación tanto a las políticas sociales como a las subjetividades históricas de los beneficiarios, reales o posibles, de las mismas. Esperamos explicarnos a continuación.

Tomemos el ejemplo de uno de los programas centrales en la acción estatal sobre la cuestión social: el Programa de Ingreso Social con Trabajo (comúnmente llamado “Argentina

⁶ Ver en: Antunes (2005).

Trabaja”). Como programa social estatal que interviene directamente sobre los efectos devastadores que la gran mutación de la forma trabajo ha producido en nuestro país desde las últimas décadas del siglo pasado, es un ejemplo contundente de la relación entre Estado y sujeto colectivo en el nuevo siglo.

Este programa depende de la órbita del Ministerio de Desarrollo Social y tiene como objetivo:

...crear oportunidades de inclusión y mejorar la calidad de vida de las familias y los barrios más vulnerables, a través de la formación de las cooperativas de trabajo para la realización y/o mantenimiento de obras de infraestructura local y/o saneamiento. Este programa es una decisión política del Gobierno, que tiene como objetivo la creación de puestos de trabajo, la capacitación y la promoción de la organización cooperativa.⁷

Debemos enfatizar las críticas que ha recibido tanto el diseño como la aplicación de este programa. Estas han sido variadas y sobre todo, certeras. El primer núcleo de críticas se ha suscitado acerca de la cuestión de la discrecionalidad aplicada en la distribución de sus beneficios, lo que lo convertiría en instrumento para domesticar lealtades partidarias. Otros autores buscan profundizar más aún esta mirada, impugnando también el carácter cooperativo de la configuración de los grupos de trabajo; desmintiendo el carácter de “economía social” o “solidaria” que el Estado dice promover; y en suma, presentarlo como ejemplo de un modo de regulación de la cuestión social en la cual el Estado no busca erradicar las consecuencias negativas de la “nueva cuestión social” o situación de precariado, sino administrar estos problemas de la forma menos conflictiva posible.⁸ La conclusión indirecta de esta acción estatal iría en la dirección contraria, paradójicamente, de una posible “...creación de oportunidades de inclusión y mejorar la calidad de vida de las familias y los barrios más vulnerables...”.

Estos costados del programa, abiertos a la crítica dados sus defectos de indefinición o directamente de una conceptualización más estática de la cuestión social, tal como plantean Lo Vuolo *et al.* (2010) no impiden que, asumiendo su alto grado de pertinencia,elijamos enfocar el análisis del accionar del Estado en otra óptica, un tanto más diacrónica. Sobre la base de un incipiente estado de exploración del trabajo de campo sobre este tema, desarrollado en municipios del N.O. del Conurbano bonaerense, trataremos de yuxtaponer

⁷ Ministerio de Desarrollo Social, *Guía informativa*

⁸ Lo Vuolo, (2010); también: Rodríguez Enríquez y Reyes (2006).

estas miradas críticas con la particular historicidad de las últimas décadas en nuestro país en general y en esta región en particular. Este programa como dijimos, es el objetivo por estudiar a mediano plazo, por lo que aquí expondremos unos análisis previos, que ofician a modo de hipótesis provisionarias, que el trabajo de campo se encargará de refrendar o refutar.

Partimos de la base contradictoria de ciertas opiniones de los beneficiarios de este programa, quienes en repetidas ocasiones coinciden en manifestar su aceptación, cuando no su conformidad o directa adhesión al mismo. Vistas las indefiniciones del programa; vistos sus defectos estructurales que remiten a toda una tradición de intervención estatal en lo social; indagando como estamos en las contradicciones entre otros *status* laborales que conviven, se yuxtaponen e incluso se objetan cotidianamente... ¿con qué sentido podemos tomar esta aquiescencia legitimadora por parte de los sujetos (algunos, en principio) que devienen así parte de esa lógica que acabamos de criticar? Repetimos: este tipo aseveraciones son algunas de las que nos salieron al encuentro en el trabajo de campo, por lo cual se erigieron por sí mismas en inicio de nuestra problematización. Configuramos así una suerte de conjuntos de opuestos: entre un saber documentado por un lado y un mundo de experiencias del sentido común, por el otro.

Como antropólogos, o como científicos sociales sin más, no podemos ya confundir ciertas construcciones locales de significados (las representaciones mismas de los sujetos) con niveles mas objetivables en la construcción del conocimiento, de manera que usaremos estas aseveraciones de algunos entrevistados como siempre nos indica el “campo” antropológico, esto es, como un recurso heurístico para la reflexión. Es decir, entender y reconstruir la posición del otro como un sujeto cultural inscrito en una realidad determinada.

Programas estatales de asistencia social en el contexto de la crisis argentina

Para rastrear estas direcciones en que los sujetos se representan el mundo, proponemos reconstruir de manera muy somera el particular proceso histórico de la argentina reciente. En este, asoma, como protagonista principal, un pasado constituido alrededor de distintas figuras de la *resistencia*. Esta resistencia emerge de la historia política argentina y adopta variadas formas, desde la variante revolucionaria de los años 60 y 70, hasta los alzamientos más recientes, en momentos del cambio de siglo. Podemos, entre ambos polos, atestiguar una clara mutación que se expresaría en una redefinición de la lucha armada revolucionaria y la adopción de otras formas contrahegemónicas. En este sentido, Astor Massetti (2009) nos habla de un quiebre paradigmático, que sitúa en los años 90', cuando se hizo evidente el

abandono del militarismo. Junto a este fenómeno (que se gesta durante una década) aparece otro: una constelación de procesos políticos, característicos del movimiento urbano de pobres, que tienen todos como denominador común a la acción territorial. Es por esto que este autor identifica la interpretación que hacen algunas organizaciones políticas -que fueron protagonistas de la resistencia de los años 60/70- en el sentido que “la lucha política devino lucha social”. La acción territorial sería así consecuencia de experiencias de carácter más micropolíticas. Frente a la derrota de las décadas anteriores, ciertas manifestaciones del sujeto político popular comenzarían a buscar oportunidades de organización donde anteriormente no lo hacían: en el propio barrio; en la legitimidad de la pertenencia local, donde las fuentes de la autoridad se redefinen a partir de formar parte de un colectivo, máxime cuando este está atravesando un profundo proceso de empobrecimiento. El *quiebre paradigmático*, nos dice Massetti, estriba se refleja en el pasaje desde una teoría de la acción, a una experiencia de acción: un accionar práctico. Las estrategias de acumulación política se basarán, a partir de los 90, en la organización de la necesidad de vastos sectores poblacionales, en momentos del Consenso de Washington. Este es el contexto en el que surgen medidas políticas como tomas de tierras, de empresas en vías de quiebra y, como figura aglutinante de la resistencia al neoliberalismo, el fenómeno piquetero. Este fenómeno no da cuenta de otra cosa que la reinención de las figuras de la acción política, y si bien es fenómeno multidimensional, no podemos dejar de coincidir en que el piqueterismo presenta una línea central de interpelación al Estado, y es la cuestión social. Promediando esa década siniestra, no se puede pensar la relación entre Estado y políticas sociales sin invocar, por presencia o como espectro, al fenómeno piquetero.

Lo Vuolo *et al.*⁹ señalan una suerte de continuidad de diversos programas estatales, desde el Plan Alimentario Nacional de los años 80 hasta los programas de los años 90': transferencias monetarias focalizadas; alimentos y otros bienes mediados por las figuras de “Manzaneras” (Plan Vida de la prov. de Bs. As.) ; Plan Trabajar; y Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados¹⁰ (Rodríguez Enríquez y Reyes: 2006). Estas características comunes a todas estas formas estatales de intervenir en la cuestión social quizás sean una de las claves para comprender más profundamente estos fenómenos: desde hace más de tres décadas, el Estado interviene sobre el fenómeno del desempleo mediante el otorgamiento de subsidios, para llegar al caso de la década de los 90' cuando tales programas pasaron a operar como virtual subsidio de contención social sobre el telón de fondo de una creciente desobediencia

⁹ Lo Vuolo, R. y Barbeito, A (1998). También: Lo Vuolo, R; Barbeito, A; Pautassi, L; Rodríguez, C. (1999).

¹⁰ En: Rodríguez Enríquez y Reyes, 2006 *Op. Cit.*

civil. Desobediencia que era el reflejo del *quiebre político paradigmático* que señalábamos arriba, en un marco de creciente pauperización, desocupación, y derrumbe de los restos del Estado Plan en las áreas educativas y de salud. Es a estos antecedentes que, a principios del nuevo siglo, se le agrega la condición de contraprestación y, finalmente, la forma comunitaria.

Este punteo apresurado nos presenta una suerte de derrotero claro de los programas de política pública, cuando en realidad lo que muestran es una enorme complejidad y heterogeneidad. Nosotros usamos esta dirección histórica para presentarla como una contracara del progresivo crecimiento e interconexión de las organizaciones políticas.

En efecto, se puede decir que las políticas públicas asistenciales tienen la característica de ser pensadas, desde fines del siglo pasado, de forma transitoria, a espaldas de los procesos de pauperización y desafiliación que se desarrollaban inexorablemente. Y se van convirtiendo en centro de atención pública, frente al colapso social-económico neoliberal. Y en especial, a partir del acontecimiento que significó la pueblada de Cutral-Có en 1996 los planes públicos se instalan como objeto puntual de demanda organizada y prenda de negociación para acallar la confrontación. Desde finales de los 90' la acción social estatal es con mucho el área más demandada a la hora de pactar el cese de *puebladas* y *piquetes*.¹¹ Diversas organizaciones populares, comenzando por las que, al fragor de la larga resistencia de la última década del siglo, emergieron más organizadas, fueron las que comenzaron a erigirse así en agentes de canalización de los recursos asistenciales estatales. En el interior de la producción desestructurada, estas organizaciones, relativamente nuevas en su consagración, (aunque no así en las tradiciones contenciosas que exhibían) fueron las que encarnaron el reclamo por las demandas locales, por ejemplo en Tartagal, en Plaza Huincul, en Cutral-Có, etc.

Es por ello que no es extraño decir que toda organización urbana (de pobres) reivindicativa en términos de necesidades cotidianas (de ciudadanía) tiende, si se radicaliza para conseguir sus objetivos en un contexto de desafiliación y persecución desde el Estado, a reforzar la articulación social de la cual va dependiendo. La resistencia a favor de ampliar los márgenes inclusivos de ciudadanía produce colectivos organizados; produce *comunidades*. En el

¹¹ La ciudad de Gral. Mosconi (Salta) fue escenario, en mayo del año 2000, del enfrentamiento entre pobladores *piqueteros* y fuerzas de la Gendarmería Nacional. “*Los manifestantes demandaban la continuidad del programa de empleo nacional Trabajar, así como cambios en su estructura, magnitud y alcance, un aumento del monto mensual de 180 a 200 pesos por mes, el pago de salarios adeudados a empleados estatales y maestros, asistencia gubernamental en el establecimiento y desarrollo de proyectos comunitarios generadores de empleo en la zona y garantía del gobierno de que no serían perseguidos legalmente por participar en un corte de ruta...*” En: Dinerstein, A; Contartese, D; Deledicque, M: (2010).

contexto de la protesta, y en la interrelación con otras *comunidades* en procesos de organización, lo que resulta es un potenciamiento de la capacidad de demandar de los sujetos, que es, a la vez, un aprendizaje. La crisis que el neoliberalismo desató en el país, entonces, produjo *comunidades* a la vez que *experiencia*: podemos llamar a esto nuevas formas de acumulación política cuya nueva característica –respecto al horizonte político de aquella fase histórica- ha sido el componente de estrategia colectiva de supervivencia en el marco del lugar donde se vive, del territorio, del pueblo, ciudad o barrio, del lugar de trabajo (la gran fábrica que cierra, el comercio que aglutina a muchos trabajadores y que ya “no es rentable”, etc. etc).

Estas nuevas organizaciones, formas visionarias de la inventiva política popular, hacen su aparición política frente al Estado ya con un carácter propio y distintivo. Quisiéramos acentuar este componente historiográfico que aún está presente en el escenario (micro)político cotidiano actual, y cuyos últimos alcances es imposible por el momento determinar. El Estado es a la vez que interpelado políticamente, substituído socialmente (allí donde se ha ausentado), y requerido asistencialmente. Los barrios del/los conurbano/s, las poblaciones más o menos aisladas del interior, se presentan ante los poderes del Estado encarnados en sus asociaciones locales, movimientos o asambleas. Hacia finales de la década de los 90’ una cabal realidad despunta claramente en el análisis de los protagonistas: el barrio organizado (el pueblo, la fábrica, etc. etc.) tiene la capacidad de modificar su realidad. Se establece así una suerte de tensión progresiva entre la interpelación, la interlocución y la colaboración. Estas organizaciones serán también forja de toda una nueva línea de dirigentes políticos que se incorporarán en mayor o menor grado, al aparato estatal según los vaivenes históricos de la hegemonía y su crisis, la contrahegemonía.

Presentada nuestra línea de pensamiento, la consecuencia es pensar la política social estatal como deudora de estos legados de significación, como un producto complejo de las tramas de las interacciones sociopolíticas en el despliegue de un tiempo histórico. Esto no obsta para que los especialistas en el tema reconozcan fases, continuidades o rupturas. Pero los diseños, las apelaciones a figuras –como la de asociatividad- que el proceso cotidiano de la contrahegemonía impuso, y los canales que el Estado utilice para su aplicación, devienen necesariamente de la particular contingencia histórica argentina. Esta mirada complementa – y nunca discute- un análisis de un programa social en términos de su letra pura.

Es por ello que muchas de las prácticas y acciones que las organizaciones populares fueron desarrollando han ido siendo incorporadas –sobre todo desde el año 2003- a los programas

sociales en un proceso complejo –y no sin contradicciones- conceptualizado por algunos como *institucionalización conflictiva*:

*“Esto significa que, por un lado, el Estado mantiene su poder de coherción y represión mientras encuentra formas más legales de “estructurar” la acción de los trabajadores desocupados. El Estado es forzado a navegar las contradicciones producidas en su interior como producto del intento de regular y controlar a las OP (organizaciones populares) ubicadas ahora ya no “fuera del Estado” sino en el corazón del mismo. (...) “Institucionalización conflictiva” implica que las OPs fueron alojadas en el seno del aparato estatal, y dicha integración no puede tener lugar sin el reconocimiento político institucional a sus proyectos políticos alternativos.”*¹²

Así, en términos de la experiencia del pasado y en sus posibilidades de acción en el presente, es como se desarrollan las acciones que vemos en nuestro acercamiento preliminar al campo etnográfico pero también, no debemos olvidar, las representaciones que los sujetos se hacen de su accionar. Tanto las contradicciones como las congruencias que encontremos desplegadas en el presente donde se desarrolla nuestra indagación tienen la potencia y las debilidades que la memoria histórica conlleva. Esta relación dialéctica pasado-presente debe ser analizada por nosotros y descubierta en los continuos procesos de institucionalización de las luchas que podamos atestiguar en el campo.

Horizontes de autonomía en la reconfiguración de las prácticas laborales colectivas.

De forma tal que, como venimos sosteniendo, uno de los desafíos teóricos y metodológicos de la disciplina antropológica es poder reconocer la dialéctica histórica en la construcción de las subjetividades, porque si bien es cierto que la reflexión histórica establece una ruptura entre el presente vivido y el pasado reconocido, ambos términos *presente* y *pasado* se entrecruzan transformando el presente, configurándose así los momentos en los que el pasado se constituye en memoria del presente. No obstante, el pasado no queda, al ser interpelado en la acción de los sujetos, homogéneamente restituido, lo que supone una relación viva entre pasado y presente (Vezzetti, H., 2009). Es decir, que la presencia *presente* del pasado promueve continuidad o ruptura respecto de lo que se ha instituido como *tradición*. (Pacciani, B. y Tacca, M., 2008) Profundizar en las estructuras emergentes o como las define Williams, (Williams, R., 1997) *estructuras del sentir*, posibilitaría reconocer

¹² Dinerstein, Contartese, Deledicque, (2010) *Op. Cit.*

lo hegemónico en la distancia entre lo que se está viviendo y lo que se piensa que se está viviendo. Pero, como no existe hegemonía sin contrahegemonía, esta dialéctica atraviesa también el momento de la resistencia contrahegemónica, y es por ello, que no se podría:

“comprender la potencia emancipativa de las comunidades como libre asociación de productores sin entender la fuerza expansiva del capitalismo, su dinámica interna como expropiación de la capacidad productiva de los productores. Esto es, el capital como el reverso de la comunidad o, si se prefiere, la comunidad como lo no-capital, como el reverso del capitalismo.” (García Linera, A., 2010:15)

Las luchas reivindicativas de los trabajadores, o de los que subsisten en los márgenes precarizados del sistema, no pueden entenderse fuera de esa tensión entre capital y trabajo.

Las experiencias del pasado no son, por lo tanto, invocadas homogéneamente o acríticamente por los sujetos, por el contrario, tal como lo plantea Koselleck, *pasado y futuro*, se entrelazan constituyendo así nuevos horizontes de expectativas que desafían el presente. Las categorías de *experiencia* y *expectativa* permiten reconocer que el tiempo histórico no es lineal y que pasado y futuro se vinculan de manera desigual según se enfatice el espacio de la experiencia o el horizonte de expectativa. (Koselleck, R., 1993: 341) Este sugerente análisis sobre la desigualdad del binomio pasado/futuro no debe opacar los procesos de dominación material y simbólica que se producen como resultado de la lucha de clases en la sociedad capitalista. Sin embargo, enfrentar lo hegemónico en un proceso colectivo concreto, implica recrear todo el tiempo nuevos horizontes de expectativas que obstaculicen la institucionalización de esta lucha. Está claro, que “los individuos son inducidos a desear solamente lo que pueden obtener en las condiciones dadas y no lo que solo podrían conseguir en otras condiciones.” (Tomasetta, L.;1975: 130) Lo que también lleva a Balibar a señalar que la institucionalización de la lucha de clases, como parte del proceso de la globalización, no equivale a su desaparición. (Balibar, E.:2004)

La precarización laboral de las últimas décadas “desvió las reivindicaciones obreras desde la esfera de la producción hacia la esfera privada y del consumo” (Tomasetta ; L., 1975: 129) Las reflexiones sobre el concepto de autonomía, de fines de siglo XX y principios del XXI, pusieron énfasis en la *experiencia de emancipación* “como punto intermedio o de síntesis entre una práctica cumplida y otra por cumplir....es decir un cotejo con la práctica del pasado y la perspectiva del futuro.”(Tomasetta, L., 1975: 237)

No cabe duda de que la discusión sobre el concepto de autonomía constituye uno de los pilares de la reflexión marxista contemporánea, especialmente vinculado con los conceptos

de antagonismo y de subalternidad. En este sentido, “la autonomía figura como un dato siempre relativo de construcción de la independencia del sujeto-clase que no tiene valor en si sino en función de la relación conflictual que configura.” (Modonesi, M., 2010:101) Las distintas acepciones teóricas y prácticas que se formularon durante el desarrollo y expansión del capitalismo desde mediados del siglo XIX, hasta nuestros días, si bien son diversas y heterogéneas, destacan que la independencia de la clase proletaria funda la base de la *experiencia de emancipación* la que implica la valoración de los procesos de subjetivación correspondientes. (Modonesi, M., 2010) El debate marxista acentúa, así, el aspecto político de la emancipación cuyo elemento organizativo lo representa el partido, en contra de los defensores del espontaneismo social de las revoluciones. Es por ello, que ciertas prácticas autogestionarias son consideradas piedras en el camino de la revolución anticapitalista.

Con el correr del siglo XX y teniendo en cuenta, que los éxitos emancipatorios de la clase proletaria fueron relativos y que lo hegemónico recuperó aliados en algunos movimientos sindicales y políticos, el debate principal -de la posguerra y de los años 60- se centró en lo procesos de subjetivación política contrahegemónica subrayando la importancia de la autonomía no solo como fin sino como medio, como proceso y como prefiguración. El fin de la guerra fría y la globalización, entendida en su doble aspecto, no sólo como mundialización de las relaciones económicas sino también como la lógica cultural del capitalismo de fin de siglo, lejos de cancelar el debate, reavivó las reflexiones sobre los horizontes de autonomía como expectativa del futuro. En este sentido, es que señala Modonesi, que se ubica “entre presente y futuro, entre el énfasis sobre el valor en sí de las luchas autonómicas de hoy y el acento en la autonomía como autoregulación societal futura...entre un eco del pasado y el *todavía no planteado*.” (Modonesi, M., 2010:144)

Retomamos aquí la relación pasado/futuro descrita por Koselleck, para enfatizar la historicidad de la relación entre experiencia y expectativa. Aún, cuando *lo que se está viviendo* contradiga *lo que se piensa que se está viviendo* los horizontes de autonomía reconfiguran las experiencias colectivas en tanto proyectos posibles de emancipación. El trabajo precarizado, que hemos caracterizado como resultado de un proceso material y simbólico de alienación de la subjetividad, atenta directamente contra los horizontes de autonomía y por ende, contra los proyectos colectivos de emancipación. Reconstruir las expectativas de emancipación colectiva implica reconocer los *espacios de experiencia* como coyunturas históricas en las que las tensiones de clase no se reducen a las reivindicaciones laborales, o salariales, “en la lucha por el aumento del salario, los obreros experimentan la

lucha contra el capital, en esa tensión se produce un cotejo con la práctica del pasado y la perspectiva del futuro.” (Tomasetta, L., 1975) Podríamos intuir entonces, que las prácticas autogestivas no son alentadas por su capacidad de generar horizontes de autonomía, sino como un recurso hegemónico de descomprimir la presión ejercida por los *trabajadores sin trabajo*, en el clímax neoliberal recientemente vivido en nuestro país. Podríamos también, objetar a este razonamiento, la unilateralidad del proceso hegemónico, es decir, no reconocer que lo hegemónico es un proceso que es permanentemente resistido y desde allí también se interpela *lo que se vive* tanto como *lo que se piensa que se vive*. Es por ello, que consideramos que la indagación etnográfica constituye una herramienta teórico-metodológica que permite superar enfoques simplificadores de la acción de los sujetos, por una parte, y reconocer como parte de esa acción la historicidad de las estructuras emergentes o del sentir.

A modo de final...

Pasado, futuro y presente, al ser considerados como momentos en los que el peso desigual entre experiencia y expectativa, hallan parte de su sentido en la tensión antagónica de la lucha de clases. Este desbalance no es casual sino que se erige como parte del proceso histórico en el que ganar experiencia supone recuperar la memoria social en la acción. Sin la posibilidad de la experiencia social no se generan horizontes de expectativas que a su vez promuevan nuevas acciones colectivas. La reificación de la memoria, es el resultado exitoso de la tradición anacrónica. Se pueden reivindicar sujetos y acontecimientos contrahegemónicos al separarlos artificialmente de las luchas y de los horizontes de autonomía que le dieron sentido. Es ese anacronismo el que naturaliza un pasado sin futuro porque desdibuja la acción transformadora del presente.

Sin duda el encuentro entre historia y antropología, desde esta perspectiva, implica reconocer la dialéctica histórica en la construcción de las subjetividades configurando y transformando el presente a la vez, desentrañando así cuando el pasado se constituye en memoria del presente.

Citando a Lukács, R. Antunes (2005) retoma sus tesis sobre la vida cotidiana:

“La vida cotidiana constituye la mediación objetivo-ontológica entre la simple reproducción espontánea de la existencia física y las formas más altas del ser genérico ahora ya

conscientes (...) la esencia y las funciones histórico-sociales de la vida cotidiana no suscitarían interés si esta fuese considerada una esfera homogénea. ...Así la vida cotidiana, la forma inmediata del ser genérico del hombre, aparece como la base de todas las reacciones espontáneas de los hombres en relación a su ambiente social, donde el hombre parece actuar frecuentemente en forma caótica. (...)” Lukács (1987).

Retoma Antunes el problema de la mediación presente en la praxis social y política, es allí que la referencia a la vida cotidiana y sus conexiones con el mundo del trabajo y de la reproducción social son imprescindibles.

Esta problematización no sería ajena a la reflexión antropológica que venimos sosteniendo en nuestros trabajos, ya que parte de esa mediación compleja y contradictoria entre *lo que se vive y lo que se piensa que se vive*, parafraseando a Williams, está atravesada por lo hegemónico como parte de los procesos materiales y simbólicos que configuran la tradición. Es así que la vida cotidiana no sería, desde nuestro enfoque etnográfico, un dato más de la realidad empírica, ya que el análisis de las prácticas sociales incluye el plano ideológico y simbólico de las acciones colectivas lo que le da espesura al proceso histórico. Es esa espesura, por así decir, la que algunos enfoques teóricos minimizan al no asumir la condición contradictoria del sentido común, tal como ya lo advirtió Gramsci. La praxis social no es ahistórica pero se resuelve en el presente (en el *espacio de experiencia* de Kosellec) y, según las presiones del proceso hegemónico, en pos de un proyecto de mejores condiciones de vida (horizonte de expectativa). Esto no es lineal y expresa, a través de la lucha de clases, la tensión entre el trabajo y el capital. Es por ello que el sentido del trabajo cooperativo en las actuales condiciones del capitalismo no puede extrapolarse a los horizontes de expectativas de otras configuraciones históricas de la praxis social. Es decir que, si bien, la promoción del Estado en este tipo de políticas sobre el trabajo, parecería producir un quiebre en los horizontes de autonomía, no sería suficiente concluir, que la praxis social se constituye solo en un sentido (la mirada “desde arriba”) sino por el contrario, entendemos, que la dialéctica compleja de la experiencia colectiva asume que es en la acción dónde los sujetos responden y resisten las presiones de lo hegemónico construyendo nuevos espacios de experiencia con diferentes capacidades de interpelación al Estado, asumiendo así una mirada “desde abajo”.

Bibliografía

- Antunes, R. (2005) *Los sentidos del Trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires: Herramienta
- Balibar, E. (2004). *Derecho de ciudad. Cultura y política en democracia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bialakowsky, A; Hermo, J; y Lusnich, Cecilia (2010) *Trabajo: Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local* en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-23/dilucion-y-mutacion-del-trabajo-en-la-dominacion-social-local> - (Recuperado en Marzo 2010)
- Castel, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires. Ed. Paidós
- García Linera, Álvaro (2010) *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO.
- Dinerstein, Ana (2004) “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina” *Rev. Venezolana de Ec. y Ciencias Sociales*, vol 10 n° 1(ene-abr). pp. 241-269
- Dinerstein, Ana y Neary, Michael (2009) *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Dinerstein, A; Contartese, D; Deledicque, M: (2010) *La ruta de los piqueteros*. Ed Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.
- Lo Vuolo, R. y Barbeito, A (1998). *La nueva oscuridad de la política social*. CIEPP, Buenos Aires.
- Lo Vuolo, R; Barbeito, A; Pautassi, L; Rodríguez, C. (1999) *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Miño y Dávila Eds. Buenos Aires.
- Lo Vuolo, Rubén, “El programa ‘Argentina Trabaja’ y el modo estático de regulación de la cuestión social en el país”. *Documentos de Trabajo Ciepp N° 75, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas*, Marzo 2010.
- Lukács, Georg (1987) “Prefacio” (1971) a *Sociología de la vida cotidiana*, de Agnes Heller, Barcelona: Península.
- Masseti, Astor (2009) *La década piquetera (1995-2005)*. Buenos Aires: Nueva Trilce
- Modonesi, Massimo (2010) *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO; Prometeo Libros.
- Rodríguez Enríquez, C. y Reyes, F. “La política social en la Argentina post convertibilidad: políticas asistenciales como respuesta a los problemas de empleo” *Documentos de Trabajo Ciepp N° 55, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas*, Diciembre 2006.
- Tacca, M., Pacciani, B. (2008) Ponencia: “Una mirada antropológica sobre la memoria social de las formas de lucha en el conflicto de los mineros de Rancagua (Chile)”. En: *Memorias Arbitradas de las Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*. Mar del Plata: Proyecto Editorial Gregorio Selser. Soporte Digital, 1ª edición.

Taylor, Graham (2009) “Trabajo y subjetividad: repensar los límites de la conciencia obrera” en: Dinerstein, Ana y Neary, Michael (2009) El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista. Buenos Aires: Herramienta, pags. 109-129.

Tomasetta, Leonardo (1975) Participación y autogestión. Amorrortu.

Vezzetti, Hugo (2009) Sobre la violencia revolucionaria. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Williams, R. (1997). Marxismo y Literatura. Barcelona, Península.